

zas. Es que debía hacerse perdonar, no sólo el encarcelamiento de un obispo y la protección concedida al heresiarca Berenguer de Tours, sino que también los escándalos de su vida privada. A su lado, mujeres legítimas y concubinas se suceden rápidamente; con una completa desenvoltura las toma, las abandona y las vuelve a tomar. No dejó, sin embargo, ningún heredero.

Este señor victorioso, á quien encontramos establecido en el Mans en 1051, en Nantes en 1057 y delante de quien la fortuna parecía romper á su antojo todos los obstáculos, sintió que había llegado al límite de sus éxitos y de sus fuerzas cuando fué á medrse las con la Normandía. Allí encontraba á su igual. Contra Guillermo *el Conquistador* se asocia dos veces con el rey de Francia, Enrique I; y las dos veces se ve envuelto en las derrotas de su aliado. Guillermo le quita nuevamente Domfront y Alenzón, y levanta á dos pasos de la frontera angevina, como una amenaza permanente, las altas murallas del castillo de Ambrières (Maguncia), cuyo torreón, apoyado en macizos contrafuertes, se destaca siempre erguido con altivez. Cuando Godofredo ya no estará allí, Guillermo irá más lejos y tomará el Maine. Pero el hijo de Nerra no tendrá el sentimiento de ver al normando apoderarse de Inglaterra y ceñir una corona real. Murió en 14 de noviembre de 1060, vistiendo el hábito de los monjes de San Nicolás de Angers. Se podía aún, en el siglo XVIII, distinguir en los muros del claustro una pintura que representaba á Godofredo Martel, con ancho rostro, fisonomía alta, tez morena y cabellos negros y rizados.

- VIII.—Los duques bretones (1)

Antes del establecimiento del régimen definitivo feudal, toda la Bretaña había obedecido á Nomenoé, el afortunado adversario de Carlos *el Calvo*; luego á Alain *el Grande*, conde de Vannes, y finalmente al nieto de éste, Alain *Barba Torcida*, estos dos últimos muy populares como libertadores del país y vencedores de los piratas normandos; siguiendo después un largo período de anarquía (952-1066), durante el cual disputáronse el título de duque los principales señores bretones.

¿Cuál de los condes de Nantes, de Rennes, de Vannes ó de Cornuailles tendrá el poder soberano? El centro político y gubernativo ¿será la Bretaña céltica ó la Bretaña francesa? Al principio parece prevalecer Vannes, pero muy pronto queda el elemento bretón relegado á un segundo término y la lucha se concentra entre Nantes y Rennes, adquiriendo este último señorío la preponderancia en los comienzos del siglo XI. Quiso, sin embargo, el azar de las sucesiones que en 1066 un conde de Cornuailles, Houel V, heredara los otros dos condados; con él progresa la concentración territorial, prepárase la unidad de Bretaña y el poder ducal se consolida. Bien es verdad que durante aquel período de perturbaciones la dinastía de Rennes ha cometido la grave falta de cons-

(1) OBRAS DE CONSULTA. — Arthur de la Borderie, *Recueils d'actes inédits des ducs et princes de Bretagne*, publicados en las «Mémoires de la Société archéologique d'Ille-et-Vilaine», 1885 á 1893. El mismo, *Histoire de Bretagne*, 1898. R. Merlet, *Origines du monastère de Saint-Magloire de Paris*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes», tomo LVI, 1895. El mismo, introducción y notas de la edición de la *Chronique de Nantes*, 1896.

tituir en favor de los segundones una dote considerable que, con el nombre de condado de Penthièvre comprendía una gran parte de la Bretaña central, cesión impolítica que el pueblo y los duques debían un día pagar muy cara.

Los autores de la interminable guerra de Nantes y de Rennes, los Conán, los Alain, los Houel, los Geofroi, los Eudos, todos tienen la misma fisonomía, ninguno presenta una personalidad marcada. Estos condes y estos duques se baten entre sí con ferocidad; su historia, sucesión de tragedias y crímenes atroces, recuerda la de los príncipes merovingios. En dos siglos han perecido de muerte violenta nueve duques estrangulados, muertos en la caza, ahogados en el baño y sobre todo envenenados; y aunque tal vez la imaginación de los hombres de la Edad media halló complacencia en dramatizar los anales bretones, no todo en éstos es leyenda, sino que hay hechos comprobados en número suficiente para poner de manifiesto el estado violento y convulsivo de aquella sociedad todavía semibárbara y muy temida de los países vecinos.

Los clérigos de Angers y de Tours, escogidos por sus virtudes ó por su ciencia, que á fines del siglo XI se instalan en las sedes episcopales de la península, se consideran allí como desterrados; su situación es parecida á la de esos obispos «in partibus» á quienes en nuestro tiempo se encomienda la misión de predicar entre salvajes. Marbode, poeta refinado, á quien se nombró obispo de Rennes (1096), no ha podido menos que escribir una sátira en versos latinos sobre los vicios de su ciudad episcopal, «vacía de bienes, llena de males, digna del infierno.» Otro poeta, Baudri de Bourgueil, acepta algo más tarde como penitencia la sede de Dol, y el papa Pascual II dirige en aquella ocasión á los bretones las siguientes líneas, bien poco halagadoras por cierto: «Nos dicen que en vuestra comarca sólo la iniquidad florece; que la religión cristiana parece sufrir gran menoscabo y que (no podemos decirlo sin dolor) no sólo los laicos, sino también los clérigos y los monjes, se entregan por completo á todas las acciones ilícitas.»

El feudalismo bretón de aquella época no es interesante más que cuando cesa de desgarrarse á sí propio para acudir contra el extranjero. Aquellos nobles que unos á otros encarnizadamente se destruyen, sólo tienen un sentimiento común, pero enérgico, profundo, el amor á la independencia de la «nación.» Los sucesores de Nomenoé no han olvidado que sus antepasados ciñeron la corona: «Conán I (990), dice Raül Glaber, había tomado la diadema conforme á la tradición real y ejercía de tirano en su rincón de tierra;» Alain V y su hermano Eudo (1015-1022) se titulan «monarcas» y califican su estado de «reino,» *regnum nostrum*, y varias crónicas dan á este Alain el nombre de *Ruybris*, «rey de Bretaña.» Para los duques bretones el enemigo no es el rey de Francia, que está demasiado lejos, sino el feudatario vecino, el que se encuentra á las puertas de la península, el angevino y sobre todo el normando, y ellos mismos, á pesar de detestarlo, provocan la intervención del extranjero, porque para triunfar de sus rivales necesitan apoyarse, ora en la Normandía, ora en el Anjou

En el siglo X, atenta por vez primera contra la independencia del país el conde de Blois y de Tours, Teobaldo *el Tramposo*, á quien en 951 encontramos inv-

tido del poder soberano, por lo menos como regente, en Rennes y hasta en Vannes. Casi al mismo tiempo empiezan con Folco *el Bueno* las tentativas de los angevinos, y más adelante vemos á Eudo II y á Folco Nerra disputarse todavía la Bretaña y á Godofredo Martel entrar en Nantes y amenazar con la conquista de toda la parte francesa del país. Después de ellos, el peligro se aleja para reaparecer más inminente por el Nordeste.

Los duques de Normandía, desde el primer momento de su instalación en las riberas del Sena, consideran la Bretaña como un anexo de su feudo y reivindican la soberanía de la misma; ni uno solo deja de llevar á cabo su expedición á la tierra bretona, asolando la campiña de Dol y hostilizando á Rennes, y al poco tiempo alzáse al otro lado de la frontera la fortaleza normanda de Pontorson. Pero los bretones se resisten vigorosamente, y unas veces vencidos, vencedores otras, nieganse á someterse al yugo. Guillermo *el Conquistador*, que quiso asestar un golpe contra aquella peña de granito, sufrió en tal empresa el único fracaso serio que mortificó su amor propio: en 1086 exigió el homenaje del duque Alain Fergent y puso sitio á Dol; pero habiéndose levantado como un solo hombre toda la Bretaña, el normando, sorprendido, hubo de abandonar el asedio de aquella plaza, que había jurado no levantar, y emprendió precipitadamente una retirada que semejava una derrota, dejando en poder del enemigo sus bagajes y un tesoro de 15.000 libras.

IX.—Los duques de Borgoña (1)

El feudalismo local no disputaba el título de duque á los príncipes de línea capeta establecidos desde 1032 en el ducado de Borgoña, pero en cambio no les dejaba ni autoridad ni territorios, hasta el punto de que el primero de ellos, Roberto I ó Roberto *el Viejo*, es á veces denominado, y con razón, «Roberto sin tierra.» Los sucesores de éste habrán de acumular uno á uno los castillos, los campos y los viñedos, para formar la propiedad directa y las rentas del alto soberano. Sin embargo, á falta de dinero y de poder, gozan de una independencia completa: su parentesco con la familia reinante no les impide obrar bajo todos conceptos como los demás jefes de los Estados feudales, y el duque Roberto I se titula en una carta: «Yo, Roberto, por el poder del soberano árbitro del mundo, llamado á gobernar el reino de Borgoña.»

Este duque borgoñón, violento y vengativo como su madre, la reina Constanza de Provenza, la esposa colérica del Capeto Roberto *el Piadoso*, fué simplemente un castellano necesitado que se pasaba el tiempo saqueando las tierras de la Iglesia: San Esteban de Dijón y Autún fueron las principales víctimas de sus depredaciones y las de de sus oficiales, y aún se atrevió á atacar y saquear (1058) el venerado santuario de San Germán de Auxerre. Para él, la tregua de Dios y los decretos episcopales sobre la paz pública son letra muerta; repudia á su mujer, Helia de Semur, que era un estorbo para sus amores adúlteros, y asesina con sus

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Seignobos, *Le Régime féodal en Bourgogne jusqu'en 1360*, 1882. E. Petit, *Histoire des ducs de Bourgogne de la race capétienne*, tomo I, 1885.

propias manos á su suegro Dalmacio. Los obispos borgoñones ponen al fin sus Estados en entredicho y le excomulgan, y citado ante el concilio de Autún, niegase al pronto á comparecer, pero luego se somete por temor á los castigos divinos. El abad de Cluni, San Hugo, se vanagloria de «haberlo vuelto dulce como un cordero;» y en efecto, Roberto pide públicamente el perdón de sus pecados en la iglesia de San Esteban de Dijón y emprende un viaje á Roma para ponerse en regla con Dios. Aquel «tirano,» como le llama un monje de Cluni, murió á la edad de setenta años á con-

secuencia de un accidente vergonzoso, acerca del cual las crónicas no nos dan ningún detalle (1076). Su nieto y sucesor, Hugo I, que sólo reinó tres años, parecía querer hacer olvidar la conducta de su abuelo y reparar sus faltas colmando de liberalidades á las iglesias; de pronto acometióle el deseo de abandonar el mundo y se encerró en la abadía de Cluni, en donde hizo una vida edificante, llevando su mortificación hasta el punto de limpiar los zapatos de sus hermanos de claustro. Gregorio VII, que habría preferido que hubiese seguido administrando su ducado, reprendió duramente al abad de Cluni por haber permitido que tomara el hábito monástico. «Gracias á ello, decía, cien mil cristianos se encuentran sin guardián. Ya no se ven buenos príncipes en parte alguna. Tenemos bastantes monjes, sacerdotes, soldados y sobre todo pobres temerosos de Dios; y en cambio, en todo el Occidente apenas hay unos cuantos príncipes que teman y amen al Señor. No os digo más, porque confío en que la caridad de Cristo, que reside en vos, me vengará traspasándoos el corazón y haciéndoos comprender cuán grande debe ser mi dolor al ver á un buen príncipe arrebatado á su madre. No obstante, si á Hugo le sucede un duque digno de él, podremos consolarnos.»

El consuelo no pasó de mediano. Eudo I, el nuevo duque, estaba más bien dispuesto á continuar las malas tradiciones del fundador de la dinastía: Cluni, Flavigni, San Pedro de Beze, diariamente atacados y robados por el soberano que hubiera debido defenderlos, prorrumpen en inútiles lamentaciones; pero es preciso vivir y el duque de Borgoña llena las lagunas de su tesoro con el producto de sus rapiñas y desbalija á los caminantes.

En 1097, sus hombres le avisan de que ha entrado en el ducado, de paso para Italia, un prelado inglés, un arzobispo, que lleva rica escolta; Eudo, atraído por tal cebo, se dirige al sitio indicado, seguido de un grupo de soldados. Los viajeros habíanse apartado un poco del camino para descansar: «¿Quién es el arzobispo y dónde está?» pregunta con acento terrible. Ante esta intimación le indican al prelado, que permanece á caballo, impasible: era el célebre Anselmo, primado de Cantorbery. Eudo clava en él una mirada poco tranquilizadora; pero de pronto siéntese intimidado, baja la cabeza, se sonroja y no sabe qué decir. «Permitidme que os bese, señor duque,» le dice entonces el prelado, y el duque de Borgoña no puede menos que responderle: «Señor, os ofrezco no sólo mi ósculo de paz, sino que también mis servicios, y me alegro de vuestra llegada.» Después de besarse mutuamente, Anselmo explica al duque por qué ha emprendido el viaje y cómo se ve obligado á encaminarse á Roma por haber sido expulsado de In-

glaterra; Eudo se despide del prelado, ordena á uno de sus nobles que le proteja mientras esté en territorio borgoñón, y de regreso á su residencia refiere á los suyos que había creído ver «la figura de un ángel del Señor.»

¿Se trata de una leyenda? No es probable, porque la refiere un testigo ocular absolutamente digno de fe, y aun en el caso en que la escena hubiera sufrido alguna modificación, en el fondo la historia es auténtica y demuestra que en materia de bandolerismo existía gran semejanza entre el feudalismo alto y el bajo. Aquel mismo Eudo, tan temible para los viajeros inofensivos, volvió vergonzosamente la espalda con su ejército, presa de pánico, el día en que hubo de luchar con un pequeño señor del Beauce, Hugo del Puiset, en contra del cual había reclamado su ayuda el rey de Francia Felipe I. El feudalismo borgoñón y su jefe sólo ofrecen interés cuando toman parte en las expediciones de la caballería francesa contra los sarracenos de España y Portugal: en este terreno les encontraremos más adelante.

X.—Los duques de Aquitania (1)

Los Guillén ó Guillermo, reyes de la Francia central, fueron soberanos de gran apariencia, y su coronación, que se verificaba generalmente en Limoges, fué en el siglo XII una ceremonia suntuosa, de carácter en extremo religioso, casi una consagración real. El obispo de aquella ciudad echa sobre los hombros del nuevo duque un manto de seda, le ciñe en la cabeza un círculo de oro y le pone en la mano la espada ducal, mientras el deán de la iglesia de San Esteban le calza las espuelas y le coloca en el dedo el anillo de Santa Valeria, que es una reliquia preciosa. La fórmula de investidura nos da á conocer los deberes que el duque ha de cumplir para con su pueblo y que consisten en las mismas obligaciones impuestas al rey Capeto: «Te ciño esta espada en nombre de Aquel que es el Señor de los señores, á fin de que ejerzas el poder de la justicia, destruyas la iniquidad y protejas á la santa Iglesia y á sus fieles; á fin de que execres y extermines á los infieles y á los enemigos de Cristo, defiendas á la viuda y al huérfano, repares lo que está destruído, conserves lo que está en pie y castigues á los malvados.»

En esa serie de grandes señores potevinos destacan dos figuras, las de los duques Guillermo V y Guillermo VIII, á quienes se debe la grandeza de aquella casa.

El hijo de Guillermo Fierabrás, el contemporáneo de Roberto y de Folco Nerra, Guillermo V (990-1026) se parece en algunas cosas á todos los soberanos feudales de su tiempo: agrádale edificar iglesias, dar dinero ó tierras á las abadías y hasta á los monasterios extranjeros, puesto que de sus liberalidades participan los de Borgoña é Italia. Nadie ha sentido por Cluni mayor veneración que este duque, quien se apresuró á llamar de Aquitania al santo abad Odilón, secundándole con todo su poder para la realización de la grande obra

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Besly, *Histoire des comtes de Poitou et des ducs de Guyenne*, 1647. Dufour, *Histoire du Poitou jusqu'à sa réunion à la couronne sous Philippe Auguste*, 1828. L. Palustre, *Histoire* (no terminada) *de Guillaume IX, duc de Aquitaine* (sobre Guillermo VIII ó Gui-Geoffroi) en las «Mémoires de la Société des Antiquaires de l'Ouest», 1880.

de la reforma monástica. Peregrino infatigable, casi no pasa año sin visitar Roma ó Santiago, viajes religiosos de los que la política se aprovecha. El retrato entusiasta que de él hace el cronista Ademar de Chabannes más parece el de un monje que el de un ilustre barón. Aficionado á las letras, dedica una parte de las noches á la lectura y trabaja á fin de formarse una biblioteca. Canuto *el Grande* rey de Inglaterra y de Dinamarca, conociendo su pasión por los libros, le envía un magnífico manuscrito en letras de oro con preciosas miniaturas que representan á los santos más famosos. El duque de Aquitania se complace en rodearse de escritores y de santos y da la abadía de San Maixent al filósofo Rainaldo y la tesorería de San Hilario de Poitiers al célebre Fulberto de Chartres. Las letras, sin embargo, no le hacen olvidar sus deberes de soberano; al contrario, vigila de cerca á sus vasallos, los sujeta vigorosamente, interviene en sus asuntos, falla sus contiendas y ejerce con celoso cuidado las prerrogativas de su título. Su autoridad, por nadie disputada, le permite convocar los concilios de Poitiers y de Charroux para hacer que en ellos se decreta la paz general. «Nadie, dice Ademar de Chabannes, osaba alzar la mano contra él.»

Su independencia respecto de la monarquía capeta es absoluta, y algunas veces se titula en sus diplomas «duque de toda la monarquía de Aquitania,» á pesar de lo cual no olvida que es sobrino de Adelaida, esposa de Hugo Capeto, y que en la crisis producida por su advenimiento al ducado, el ejército real acudió á defenderle contra los atentados de un vasallo peligroso, Aldeberto de Périgord. El rey Roberto le profesa gran amistad, y cuando en 1010 se esparce por todo el mundo el rumor de que ha sido descubierta en Angeli la cabeza de San Juan Bautista, el rey, la reina y toda la corte se trasladan á Aquitania, en donde Guillermo les dispensa un magnífico recibimiento. Este afecto, sin embargo, se enfría algo más tarde cuando surge entre el rey y el feudatario el conflicto provocado por el nombramiento del obispo de Limoges.

El duque de Aquitania no toleraba ni siquiera esa autoridad vaga y general que el Capeto pretendía conservar aún sobre las iglesias del Mediodía de Francia, y sin aventurarse en una lucha abierta, llegó á favorecer contra el soberano las intrigas hostiles del conde de Blois y á manifestar formalmente su oposición cuando vió que Roberto asociaba anticipadamente á su hijo Enrique al ejercicio del poder real. Se consideraba como igual al rey de Francia, y acaso no estaba en relaciones directas con todos los soberanos extranjeros? El emperador Enrique II y los reyes Alfonso de Castilla, Sancho de Navarra y Canuto de Inglaterra cambiaban con él embajadas y presentes.

Cuando en 1024 los príncipes italianos fueron á pedir un rey al feudalismo francés, creyó poder añadir á su corona de duque la corona real. Ya hemos visto cómo el conde de Blois, Eudo II, se lanzó en 1024 cuerpo y alma tras esta peligrosa pista que había de conducirle á la derrota y á la muerte. Guillermo V, que no era un aventurero, procedió en aquella ocasión con gran prudencia, aceptando por de pronto la corona de Italia para su hijo; pero atraído por tal cebo, no escatimó ni el dinero ni las gestiones, trató de obtener el apoyo de la corte de Francia prometiendo al rey Roberto «mil

libras y cien trajes preciosos para él y quinientas libras para la reina Constanza,» no perdonó medio alguno de atraerse á los obispos lombardos y se presentó en persona en Italia.

Algunos historiadores le llaman «Guillermo *el Grande*,» pero tal vez sería mejor reservar este honor para su segundo hijo, Guillermo VIII ó Gui-Geoffroi (1058 á 1086), político experto y hábil, soldado de primer orden y conquistador siempre afortunado, que si quizá protegió menos las letras y los conventos, en cambio consiguió consolidar y desenvolver el señorío de que era jefe. En el interior de su feudo, supo Guillermo VIII hacerse respetar por sus vasallos, y la terrible venganza que tomó de los rebeldes de Luçon demostró cuán peligroso era querer substraerse á su yugo. En 1060 sitia al señor de Lusignán, que muere defendiendo su fortaleza, y en 1082 bloquea al vizconde de Limoges, Aldemar III, en su capital, y le obliga á presenciar, impotente para evitarlo, el incendio de las casas y de los templos de la misma. La momentánea decadencia del poderío angevino le permite vengar las derrotas sufridas por la Aquitania y arrojar definitivamente de la Sain-tonge á los duques de Anjou. Se atreve también á tomar la ofensiva contra los sucesores de Godofredo-Martel é incendia el castillo de Saumur (1069); y diez años después, provocado por un ataque del conde de Tolosa, penetra en el Langüedoc y, si hemos de dar crédito á un testigo único, se apodera de Tolosa para devolverla en seguida al adversario, á quien ha vencido. Finalmente, á mediados del siglo XI, realiza la más importante de sus anexiones, la del ducado de Gascuña, que agrega Burdeos á Poitiers y lleva las fronteras de la Aquitania hasta los Pirineos.

Los jefes del pueblo gascón, casi todos llamados Sancho, García ó Guillén, descendían directamente de los Lobo, de los Waifre y de los Hunald, adversarios implacables de los Carolingios. De todos los príncipes feudales, éstos son los menos conocidos: su raza se extinguió en 1032, y antes de fines del siglo XI las crónicas de la Francia del Sudoeste, muy poco numerosas, son de una aridez desesperante, pudiendo solamente deducirse de ellas que los intereses y los placeres de esos duques les atraen menos hacia el Garona que por el lado de los Pirineos y de España. El último, Sancho-Guillén, no parece darse cuenta de que su ducado es un feudo del reino capeto: verdadero príncipe español, es el huésped asiduo del rey de Navarra, Sancho *el Grande* firma sus diplomas y con él se bate contra los sarracenos. Apenas la indicación del año del reinado de un Capeto viene á recordar de cuando en cuando que los duques de Gascuña forman parte del gran feudalismo francés; por esto dan con razón á su ducado el nombre de «reino.» Sus relaciones con España eran tan íntimas, que los matrimonios y las sucesiones habrían podido determinar la anexión de la Gascuña á los reinos de Navarra ó de Aragón; pero quiso la casualidad que la hermana del último duque, fallecido sin hijos, fuera una princesa de la casa de Poitiers, y gracias á esta circunstancia los duques de Aquitania reclamaron la herencia de aquél, y para conservarla, lucharon victoriosamente con 1070 tra los colaterales gascones, uno de los cuales, Bernardo II, conde de Armagnac, fué definitivamente despojado por el conquistador Gui-Geoffroi (1070).

Desde entonces la Aquitania abarca un territorio equivalente casi á una tercera parte de la Francia de nuestros días; su duque es el verdadero rey de Francia y á él se dirige el papa Gregorio VII cuando para socorrer al imperio bizantino, amenazado por las hordas turcas, se decide á lanzar á Oriente una parte de las fuerzas militares de la cristiandad latina. Este grandioso proyecto no se llevó á cabo; pero el duque de Aquitania hizo personalmente la guerra santa en España, en la que le conquistó gran fama la toma de Barbastro.

Gui-Geoffroi quiso ser enterrado con hábito monástico en la gran basílica de Montierneuf de Poitiers, por él fundada: una cruz, restos de ropas y de borceguíes y un esqueleto de constitución vigorosa y notable estatura, fué lo único que encontraron en 1822 los que pusieron al descubierto el sarcófago de piedra en donde descansaba el duque de Aquitania desde hacía más de setecientos años.

XI.—Los condes de Tolosa y de Barcelona (1)

La dinastía de Poitiers, que dominaba desde el Loira á los Pirineos y desde el Allier al Océano, poco tenía que hacer para reconstituir el antiguo reino aquitano; faltábale sólo para ello apoderarse del Langüedoc; pero Tolosa fué irreductible y el Mediodía continuó dividido.

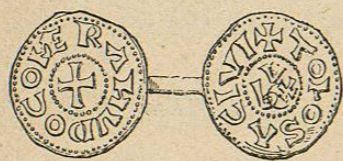
Nada tenemos que decir de los condes tolosanos del siglo XI, es decir, de los que vivieron antes de las Cruzadas, puesto que pasan ante la historia como sombras incoloras y sin relieve, sin otro mérito que el de haber conservado su feudo y haberse perpetuado en él. Los predecesores de Raimundo de Saint-Guilles, Guillermo Tallaferro III (951-1037), Pons (1037-1061) y Guillermo IV (1061-1093), sólo son conocidos por las actas de donación. Los jefes feudales del Langüedoc, obligados á ceder á los condes de Poitiers el título de duque de Aquitania, compensan esta pérdida titulándose marqueses de Gothia, y más adelante, cuando este título cae en desuso, duques de Narbona y condes palatinos, calificativos sobrado pomposos para un poder tan limitado.

El único progreso de la casa de Tolosa en el siglo XI fué la anexión de una parte de la Provenza (1037): contenida al Oeste y al Norte por el poder de los duques de Aquitania, no podía realizar conquista alguna en territorio francés; así es que hubo de extenderse allende el Ródano, en el reino de Arlés, á costa del imperio germánico. Pero los tolosanos no sacaron de este engrandecimiento todo el provecho que les habría correspondido, pues observando su dinastía con demasiado rigor la ley de la división de las tierras entre los herederos varones, el feudo era, por regla general, repartido, concediéndose al primogénito el Tolosano y el Alto Langüedoc y al hijo segundo el Rouergue, el Bajo Langüedoc y la Provenza. Y aun tuvieron esos condes la

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Vaissète, *Histoire générale de Languedoc*, edición Privat, 1872-1889; véase en el tomo XII la nota de A. Molinier, *Généalogie de la maison de Toulouse depuis Eude jusqu'à l'avènement de Guillaume IV et de Raimond de Saint-Gilles*. Bofarull, *Historia de los condes de Barcelona*, 1839, y la Introducción de M. de Tourtoulon, *Jaime I le Conquérant, roi d'Aragon*, 1867.

desgracia de encontrarse en este último país con las pretensiones rivales del soberano de Cataluña y del Rosellón.

Los condes de Barcelona, los Borrell y los Ramón Berenguer, antiguos marqueses de Gothia, disputaban aún á los de Tolosa la supremacía general sobre el Langüedoc. A principios del siglo XII, el conflicto adquirirá un carácter de permanencia, gracias al matrimonio de uno de aquéllos, Ramón Berenguer III, con Dulce, heredera por su padre de una parte del Gevaudán y del Rouerge y por su madre del condado de Provenza. Ambicionaban los condes barceloneses reconstituir la Gothia y además crear una monarquía franco-española que fuese señora del Mediterráneo occidental. En ese duelo entre Tolosa y Barcelona la ventaja parecía estar



Moneda de Raimundo, conde de Tolosa

de parte de los catalanes, vigorosamente templados en su continua cruzada contra los sarracenos de España y enriquecidos por el comercio de sus puertos. El conde de Barcelona, Ramón Berenguer I (1035-1076), que en 1070 compró la soberanía de los condados de Carasona y de Racés, ostenta en sus cartas los títulos de «muy piadoso y serenísimo Augusto, glorioso conde y marqués, campeón y baluarte del pueblo cristiano, príncipe de Barcelona.» Estos títulos sonoros son ya «cosas de España,» pero el que los llevaba pensaba sobre todo en ensanchar sus dominios en Francia por el lado de Narbona y de Montpellier.

Desgraciadamente los condes de Barcelona encontraban en la constitución interior de su Estado dificultades que retardaron los progresos del mismo. La región de los Pirineos fué uno de los puntos de Europa en donde con más vigor había arraigado el feudalismo y en donde con más regularidad funcionaba, constituyendo una causa permanente de molestia y de estorbo para el alto soberano; y por otra parte, la línea de los condes experimentaba más que otras dinastías las consecuencias de la falta de una ley de sucesión que asegurara la transmisión hereditaria é integral de la baronía por orden de primogenitura, y continuaba fiel al principio de la división territorial entre hermanos ó del ejercicio del poder *pro indiviso*, fuente de discordias intestinas y de tragedias á veces sangrientas. A la muerte de Ramón Berenguer I, que dejaba el gobierno de sus Estados á sus dos hijos Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II, este difícil problema fué zanjado por un asesinato, por haber sido uno de los hermanos asesinado por el otro. En 1131 se restableció el sistema de la división, correspondiendo al primogénito el condado de Barcelona y las antiguas posesiones de la familia, y al segundo las nuevas adquisiciones realizadas en el Langüedoc y en la Provenza. El azar de las sucesiones debía hacer que en el siglo XII se restableciera varias veces la unidad de la dominación catalana en provecho de la rama primogénita; pero en diversas ocasiones obstiná-

ronse los condes de Barcelona en quebrantarla concediendo la misma dote á la rama segunda, vicio orgánico que si bien retrasó el desenvolvimiento natural de uno de los señoríos más vigorosos con que la Francia feudal contaba, no impidió los brillantes destinos que el porvenir le reservaba. Pero cuando estos destinos se realizaron, el condado de Barcelona, cambiando de patria y definitivamente orientado hacia España, había dejado de ser francés.

Las dominaciones feudales cuya historia acabamos de bosquejar, constituyen en su conjunto el «Reino de los Franceses,» *Regnum ó Patria Francorum*, boceto todavía indeciso y movable en el que aparece en fragmentos y en forma mal determinada lo que más adelante será la «nación francesa.» Los hombres del siglo XI no se consideran aún solidarios; la Francia septentrional tiene sólo una idea vaga de la comunidad de intereses y de destinos; más vaga todavía se presenta aquélla al Sur del Loira, y entre los habitantes de las regiones extremas, de la Bretaña céltica y de la Gascuña, no encontramos tal idea en grado alguno. Aquellas gentes no conocen más que las «patrias locales,» las que corresponden á las divisiones naturales trazadas por los accidentes físicos, los dialectos, las razas; los elementos del cuerpo nacional existen, pero el cuerpo no está formado.

Los límites exteriores de la Francia señorial carecen de estabilidad desde el momento en que el régimen feudal no tiene en cuenta ni las fronteras naturales ni las afinidades étnicas y lingüísticas: considerando de cerca el límite oriental del reino capeto, se advierte que ni el Mosa, ni el Saona, ni el Ródano ni los Cevenas separan exactamente el reino del imperio, sino que la frontera cabalga caprichosamente sobre los dos países, de manera que el Velay francés, por ejemplo, penetra como una cuña en territorio imperial, y en cambio el Forez y el Vivarais no están en tierra de Francia. Gracias á las alianzas y á los matrimonios que establecían de continuo íntimas relaciones entre la baronía del Langüedoc y de la Gascuña y la de Cataluña, Aragón y Navarra, una porción de feudos franceses se desbordan, por decirlo así, sobre la vertiente española y viceversa, de tal modo que la frase «Ya no hay Pirineos» ha sido más exacta en la Edad media que en ningún período de los tiempos modernos. Por añadidura, las circunscripciones religiosas vienen á complicar las innumerables irregularidades: la Iglesia, potencia europea, sin preocuparse poco ni mucho de las fronteras físicas y políticas, extiende indiferentemente á las regiones más distintas la jurisdicción de sus obispados y de sus provincias archiepiscopales, y de ello resulta que mientras el arzobispado de Reims se prolonga por la Lorena y disputa la primacía á Tréveris, el metropolitano de Narbona pretende ejercer sus funciones hasta Tarragona y el de Auch hasta Pamplona.

En el interior, el territorio, sometido dos siglos antes á un poder único, se ha llenado de principados autónomos y de dinastías hereditarias. Todos estos grupos señoriales aparecen en estado de suspensión; su centro está mal fijado y sus fronteras varían á menudo, siguiendo los azares de las sucesiones y de los matrimonios y el temperamento conquistador de los altos barones. No

son sino embriones de Estados desprovistos de organización y de consistencia, ya que, salvo raras excepciones, los duques y los condes del siglo XI no saben aún concentrar sus poderes, aglomerar con método tierras y castillos alrededor de su patrimonio, ni imponer el orden y la paz á sus vasallos. Batalladores descuidados y ávidos, viven al día del producto de sus tierras ó de sus rapiñas y pagan á los caballeros que les sirven dándoles pueblos tomados de las abadías sujetas ó emancipadas de sus propios dominios; soberanos sin administración, sin hacienda, sin policía, castigan bárbaramente, cuando se sienten fuertes, las desobediencias de sus feudatarios y de sus súbditos, pero no piensan en las medidas que podrían prevenir el descontento y el desorden. Raras veces obedecen á una idea política: su único objetivo es usurpar el feudo ajeno y acumular dominios que son incapaces de gobernar; y cuando no hay á su alrededor tierras de que apoderarse, se expatrian y van á buscar lejos, á expensas del extranjero ó del infiel, el botín y las aventuras que ya no encuentran en Francia.

CAPÍTULO III

LA NOBLEZA FRANCESA FUERA DE FRANCIA

I. El mundo feudal en movimiento. Las peregrinaciones.—II. Los caballeros franceses en España.—III. Los normandos en Italia.—IV. Guillermo el Bastardo y la conquista de Inglaterra.

I.—El mundo feudal en movimiento. Las peregrinaciones (1)

El feudalismo parecía ser, por esencia, un régimen de aislamiento que encadenaba al noble á su castillo y al labrador á su gleba: el escaso número y el mal estado de los caminos, los múltiples peligros que á cada paso acechaban al viajero, la ignorancia de todo cuanto estaba fuera del inmediato horizonte de la mansión señorial, del cantón ó de la provincia, todo era á propósito para disuadir al hombre de la Edad media de toda idea de abandonar el país natal y aventurarse en lejanas tierras.

Y sin embargo, la Francia del siglo XI ha sido teatro de una circulación continua, general, intensa, superior á cuanto pueda imaginarse: aquella sociedad, á la que se creía encerrada dentro de sus fronteras, está siempre en movimiento.

La misma clase popular, no obstante la falta de recursos y el rigor de la ley feudal, no se está nunca quieta: el campo, como hemos visto, tenía sus roturadores nómadas, los huéspedes, y las ciudades sus mercaderes que surcaban en sus embarcaciones los ríos franceses y por tierra ó por mar iban á regiones apartadas á vender ó á cambiar sus productos. Mucho antes del siglo XI los comerciantes de Normandía afluan á Inglaterra y los de Flandes y Lorena frecuentaban los mercados alemanes, italianos y españoles. Los villanos, de derecho, debían permanecer aprisionados en los señoríos que los explotaban; pero de hecho, la situación ri-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Lalanne, *Des pèlerinages en Terre-Sainte avant les croisades*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes,» 1845. Roehricht, *Die Pilgerfahrten nach dem heiligen Lande vor den Kreuzzügen*, 1875.

gurosa ó intolerable de que eran víctimas motivaba cada día deserciones y emigraciones aisladas ó colectivas. Labradores y artesanos iban de provincia en provincia á ocupar los lugares de asilo y las ciudades nuevas, que eran otros tantos cebos sembrados ante la miseria ambulante. Las fronteras de los feudos no eran barreras infranqueables; los siervos se movían ilegalmente, pero el hecho es que se movían y cambiaban de residencia.

Los clérigos están siempre de viaje, puesto que se ven obligados á concurrir á los diferentes sínodos que en todos los grados de la jerarquía reúne la Iglesia. La ley eclesiástica impone al simple sacerdote el deber de ir á encontrar á su superior para hacer acto de obediencia y recibir sus instrucciones, y al superior el de visitar las iglesias de su jurisdicción para ejercer en ellas el derecho de corrección y de inspección. Las relaciones cada día más frecuentes entre el alto clero y la corte de Roma tienden á erigir en costumbre obligatoria para los obispos la visita *ad limina Petri*, y esos viajes á la capital pontificia serán innumerables cuando el papa habrá de conocer como juez soberano de los procesos eclesiásticos, hasta el punto de parecer imposible que tantos millares de clérigos y monjes puedan soportar anualmente las fatigas del paso de los Alpes y de la permanencia en Italia. Otras necesidades profesionales se imponen á los miembros del clero: los que son inteligentes y ambiciosos acuden á las escuelas monásticas y episcopales en donde se da la enseñanza superior; el que quiere avanzar en su carrera tiene que seguir los cursos de los maestros de Orleáns, de París, de Angers, de Reims, del Bec, de Poitiers ó de Cluni. De aquí que los caminos reales se vean de continuo llenos de estudiantes.

El vasallaje obliga á los nobles á efectuar frecuentes viajes á la corte del soberano, lo mismo en tiempos de paz que de guerra, siendo preciso que el feudatario se presente en ella en persona, porque su abstención es considerada como síntoma de hostilidad: el uso de las procuraciones no será tolerado hasta los últimos períodos de la Edad media. Cuanto más elevado es el rango que en la jerarquía ocupa el soberano, tanto mayor es el número de los que ante él comparecen, aun desde muy lejos, para cumplir sus deberes de vasallaje. A los viajes regulares y legales añádense para nuestros caballeros y barones los motivados por sus aficiones belicosas. Sabemos ya que la guerra es permanente entre los feudos, y en primavera y verano sobre todo se ve en los caminos un hormigueo de jinetes que marchan á engrosar la hueste de su señor ó que de ella regresan: son vasallos en servicio, compañeros de armas ligados por afecto ó por agradecimiento á un jefe de cuadrilla, mercenarios y aventureros de profesión. Pero las guerras feudales traen consigo otras consecuencias, tales como confiscaciones, expulsiones y destiernos temporales ó indefinidos: un barón victorioso obliga á sus enemigos más encarnizados á abandonar la provincia y á vivir en el feudo vecino ó en el extranjero, y así cada señorío tiene su grupo de desterrados, refugiados á gran distancia, que acechan el momento favorable para reaparecer y tomar el desquite.

La paz no es menos que la guerra una causa activa de movimiento: los instintos batalladores de los nobles,